

## TARDE VII

---

### EL DESINTERES

Si solo por bien obrar  
Haces un bien á tu hermano,  
Si ajeno de orgullo insano  
Te negares á aceptar  
El pago con que premiar  
Pretendan tu bella accion;  
Tu bondoso corazon  
Se inundará de consuelo,  
Y Dios te dará en el cielo  
Generoso galardón.

La impaciente curiosidad de los hijos de Palemon se hallaba esta tarde dividida entre la historia de los estudiantes y la del joven saboyano; dudaban de cuál de las dos desearian con mas anhelo saber el desenlace. En esta perplejidad se hallaban, cuando oyeron la flauta que sonaba á lo léjos. El himno de victoria entonado por un ejército, no causa mayor gozo á su asustada patria, que la que en aquellos niños produjo el sonido del alegre instrumento. Salen en busca del saboyano, le acompañan, le hacen sentar á su lado, y rodeando todos al buen padre, escuchan al narrador, que continúa su historia en estos términos :

Continúa la historia del padre ciego.

Os dejé, amigos míos, en el momento en que solo, separado

de mi padre, atado á un árbol en una noche oscurísima, hacia retumbar la selva con mis gemidos : cansado ya, dejé de quejarme, y advertí que se acercaba á mí una luz. Cuando ya estaba próxima la persona que la conducía, exclamé : ¡ oh tú, cualquiera que seas ! ven á dar libertad á un infeliz, así el cielo te bendiga. Pero al oirme, deja la linterna en el suelo y echa á correr con todas sus fuerzas asustada. Así pasé la noche : al amanecer oigo pasos de un caballo que se aproximaba ; poco despues le veo, distinguo al jinete, era mi protector Mr. Aubri : le llamo á voces, me reconoce sorprendido, y viene al momento á desatarme. Le refero mi desgracia derramando un torrente de lágrimas ; y acordándome que uno de los malhechores llevaba un brazo herido, y que por él se desangraba, seguimos la direccion que la mancha de las gotas nos marcaba, y no tardamos mucho en llegar á las ruinas de un castillo viejo, donde juzgamos que habrian ocultado á mi padre : doy vuelta al rededor de las paredes, oigo un pequeño ruido procedente de una ventana que daba á un sótano, llamo á mi padre, y me contesta lleno de alegría. Gozoso yo tambien hasta el extremo, discurro en union con Mr. Aubri los medios de libertarle ; ensayo, y veo que cabia por entre los hierros de la reja, y descolgándome con la cuerda con que me habian atado, bajo al subterráneo y me arrojo en los brazos de mi padre. Reconozco el calabozo, y veo que la carcomida puerta solo está asegurada por un cerrojo que cebaba en una pared casi deshecha. Pocos esfuerzos me costó el acabar de destruirla, franquear la salida y subir por una escalera tortuosa á reconocer el interior del derruido edificio en el que, despues de haber atravesado un patio, descubrí una puerta que salia al campo, y una llave colgada junto á ella.

Vuelvo al sótano, refiero á Mr. Aubri el éxito de mi exploracion, y le pido una de sus dos pistolas que me echó atada con la misma cuerda, y me prometió esperar junto á la puerta. Salgo del calabozo conduciendo á mi padre, atravesamos los corredores, pasamos por el patio, tomo la llave, y cuando ya estaba abriendo, oigo que me gritan : ¡ Deteneos ó sois muertos ! — Eso, lo veremos, contesté disparándole un pistolezato que le hizo caer al suelo herido en una pierna. Salimos por fin, pero la explosion de la pistola y los gritos del herido, habian despertado á los habitantes de aquellas ruinas : mi padre habia montado en el caballo de Mr. Aubri, y ya nos disponíamos á alejarnos, cuando una jóven se deja ver en una ventana alta exclamando : ¡ Por Dios, salvadme ; libertad á la pobre Cecilia ! — ¡ Cecilia ! clama Mr. Aubri : ¡ ella

es ! Cecilia, reconoce á tu amante. — Aubri, estoy en poder del pérfido Ferrando.

Apénas habian terminado estas palabras, vemos salir tres bandidos, dos de los cuales eran los mismos de la tarde anterior. El otro, que yo no conocia, se acercó á Mr. Aubri, que le esperó con las pistolas amartilladas ; pero al acercarse á él y conocerle, queda como aterrado y se cubre el rostro con las manos. — Pérfido amigo, le dice mi protector, aquí tienes á tu rival : dispútame con las armas la virtuosa mujer que has robado á su familia, ó tráemela al momento si no quieres perecer á mis manos. Ferrando, que así se llamaba el desconocido, se retira con los bandidos, y un momento despues vuelve acompañado de la hermosa Cecilia, se la entrega á Mr. Aubri, y vuelve á encerrarse en su guarida.

Mi protector amaba á Cecilia, jóven apreciable, cuyo dote consistia en solo sus virtudes y sus gracias : la madre de aquel se habia opuesto á su enlace, no queriendo que su hijo se casase con una mujer pobre. Tambien Ferrando la amaba, aunque sin ser correspondido. Un dia que este salió á caza, se vió asaltado por tres ladrones, de los cuales tendió á dos en tierra, y reconociendo en el tercero á un antiguo criado suyo, le ocurrió la idea de robar á Cecilia y llevarla á alguna guarida ignorada de todos. Así lo hizo auxiliado del bandido y de otros compañeros ; pero la jóven vivia triste y melancólica en aquella sociedad aborreciendo á su raptor que en vano procuraba distraerla.

Entónces quiso llevarla algun músico con este objeto, y los bandidos deseando complacerle, y creyendo que mi padre era el que tañia la flauta, le llevaron á las ruinas para que divirtiese á la pobre prisionera.

Madama Aubri consintió al fin en el casamiento y vivimos todos juntos durante dos años en la mayor felicidad, que fué turbada por la muerte de la anciana señora, á la que pocos meses despues siguió mi padre á la tumba. Mi protector, agradecido á que por mi medio se hubiese descubierto el paradero de su esposa, y queriendo premiar la intrepidez con que salvé á mi padre, me hizo brillantes promesas que no quise admitir, sirviéndome de única satisfaccion el haber cumplido con mis deberes desinteresadamente ; y reuniendo algun poco de dinero, fruto de la liberalidad de la difunta señora, dejé la casa que durante cinco años me habia servido de asilo.

Hace tres ó cuatro dias que, pasando por la ciudad inmediata, quise visitar y consolar á los enfermos del hospital, pues no hay

placer mas puro para el alma que aliviar la suerte de los desventurados. Habia en un lecho un anciano moribundo; me preguntó hácia qué punto me dirigia, y cuando le dije que venia á este pueblo:—¡ Ah! exclamó derramando algunas lágrimas: hacedme el gusto de entrar en casa del labrador Palemon; allí encontraréis cinco ñinos modelos de amabilidad y beneficencia; todos ellos son mis bienhechores: ayer me dieron cuanto poseian. Yo no tengo parientes y quiero que sean mis herederos; tomad esa corta cantidad, fruto de mis economías, que no creia bastante para pasar el resto de mis dias, y sin embargo me sobra toda entera; repartidla entre ellos y decidles que recibéndola llenarán los deseos del viejo mendigo. — Me encargué gustoso de esta comision, y aquel mismo dia falleció el anciano. He cumplido su voluntad; y así de esto como de mi historia, que os he referido, podéis inferir que el amor filial, el desinterés y la beneficencia son tres virtudes que llevan en sí mismas la recompensa.

El músico dejó de hablar; Palemon fingió sorprenderse del rasgo de beneficencia de sus hijos, alabó su modestia y sensibilidad y los abrazó con ternura. Los niños se empeñaron en que el saboyano recibiese una parte de la herencia; pero este se negó á aceptarla, diciendo que la Providencia atendia liberalmente á sus necesidades, y que conocia lo delicado de los deberes de un ejecutor testamentario; pero prometió no olvidarse nunca de Palemon y de sus hijos.

## TARDE VIII

### EL OLVIDO DE LOS AGRAVIOS

Quando ultrajado te veas  
De un amigo ó de un extraño,  
No medites en su daño,  
Ni agites crueles ideas.  
Por poco noble que seas,  
Si escuchas á la razon,  
Aun cuando tu corazon  
Á la venganza te incita,  
El sano juicio te excita  
Al generoso perdon.

Muy preocupado tuvo el ánimo de los niños aquella noche y la siguiente mañana el relato del músico saboyano; pero mas aun la gratitud del mendigo que les habia nombrado herederos suyos. No cesaban de mirar, contar y contemplar su herencia y discurrir los medios de emplarla; hasta que por fin le ocurrió á Julio que supuesto que ellos nada necesitaban, pues el padre les daba cuanto habian menester, se informasen de si habia desgraciados en el pueblo que reclamasen auxilios, y socorrerlos haciendo para ello un fondo comun, pues la herencia del pobre debia volver al pobre; todos los niños convinieron en ello excepto Benito. Llegó todo á noticia de Palemon, que se regocijó del buen empleo que aquellos trataban de dar á su caudalito; pero temió que Benito llegase á malearse, y se propuso corregirle mas adelante.